

SIERRA MÉNDEZ, JUSTO (1848 – 1912)

*CUENTOS ROMÁNTICOS*

INDICE:

MARINA  
NIÑAS Y FLORES  
LA SIRENA  
PLAYERA  
NOCTURNO  
EL VELO DEL TEMPLO

MARINA

(A Emilio Gutiérrez Estrada)

Dejad un momento, ¡oh! mis lectoras mexicanas, vuestro primoroso valle, vuestras pintadas montañas, vuestro cielo color de lapislázuli y esas lagunas, grandes gotas de agua que el mar al retirarse de las alturas dejó como un recuerdo en la Mesa Central, y veníos en mi compañía: mientras miráis el mar yo os contaré una historieta.

En la costa sudoccidental del estado de Campeche, a corta distancia de la capital, existe un pueblecillo todo lleno de aromas, de pájaros y de flores. En él recogí esta leyenda; me la contaron en la hora del flujo vespertino, al misterioso rumor de la marea y en el intervalo que hay entre la puesta del sol, uniendo en un solo incendio el espacio y la bahía, y la aparición tranquila de la estrella del mar.

Los días estivales son, en mi país natal, ardientes y luminosos por extremo. No bien aparece el sol tras las cercanas colinas, cuando ya es grata la sombra del roble marino y el vaivén refrescador de las hamacas. Excuso deciros cuán dulce es la respiración de las olas, qué perfumado y tibio el viento, qué risueñas las flores; modelos puestos allí por la mano divina que el hombre no acertará a copiar jamás.

Entre aquella armonía, inmergidas en ese ambiente, rodeadas de una vegetación tan brillante, tan verde, que parece tallada en esmeraldas, se miran algunas casitas semejantes a grandes nidos de gaviotas. Algunas de ellas alargan coquetas un pequeño muelle en la ensenada, como queriendo mojar en ella la punta del ala. En derredor de estas graciosas habitaciones, sombreadas por grupos de cocoteros, desborda por las albarradas en elegantes espirales el San Diego, entre cuyas volutas caprichosas cuelgan los racimos de

flores de coral pálido. Al abrigo del muelle crecen las rosas a veces, y los grandes lirios morados y los jazmines, todo con una exuberancia lasciva, con una fuerza de vida que embriaga. Aquí y allá, sobre rocas, en las raquetas del nopal endereza su estuche de espinas la tuna roja. Pasan por encima de ese albergue de delicias las brisas marinas; las algas dibujan con su negruzca y movable curva la ondulación de la playa, y las olas charlan sin cesar plegando y desplegando su sábana líquida ribeteada de encaje.

Allí la vida es dichosa. Figuraos todo ese color, toda esa luz, todo ese aroma encarnados en una muchacha de dieciséis años... Marina, hija de aquella playa, había visto a su padre enriquecerse con su trabajo. ¡Cuántas veces las lanchas del viejo pescador la habían columpiado, y como si sintieran alegres el peso del cuerpo de la niña, como el corcel que siente una caricia, habían partido por la bahía tendiendo sus alas de lino, llevando ella el timón y los bogas inmóviles sobre las cañas de sus remos!

Era la playera esbelta como la palma del coco; su cabello se confundía con las cuentas de azabache de su gargantilla; en sus ojos parecía espejear la ola de zafiro de los mares primaverales y parecía su boca una de esas conchas perleras cuyos bordes húmedos y rojos entreabre el buzo para vislumbrar su tesoro. Su tez dorada por el terral era más suave que la seda de su pañoleta, bajo la cual se dibujaban dos pequeños nidos de chuparrosa.

¿Por qué era melancólica aquella hija de la costa? Así son todas, así es el mar. Y luego sorprende siempre y siempre hace soñar. Verlo es casi ver el cielo; pero un cielo tangible que se puede acariciar. Marina era la más melancólica, la más soñadora muchacha de aquellas playas: era triste.

Aquí empieza el poema, un poema de amor: nada. Unas cuantas estrofas; nada, las mismas de siempre; el eterno tema de la retórica, la eterna verdad de la juventud; nada. Dejadme bordarlo, ya que no con rimas, con dulces y lánguidos circunloquios, con frases cargadas con el viejo e inmortal polvo de oro de la poesía.

Largo rato hace que contempla el horizonte del mar. Surge de improviso, viniendo del rumbo del puerto una mancha blanca; blanca como una garza, así vuela; en su vela, en su ala blanca se refleja el sol naciente. Era una barquilla; venía presurosa empujada por el aliento de la mañana; crecía como una fantasmagoría óptica. Saltó a tierra un mancebo, el gentil, el rubio que había visto Marina en las fiestas de San Román –donde se venera el Cristo Negro que cuida de los marineros–, el hijo del antiguo capitán de su padre; iba a casarse con ella: él lo decía. Entró en la casa de su amada; se sentaron en el borde de un arriate que era como búcaro de jazmines blancos... Esos jazmines, y las rosas, y los lirios, todos esos cómplices eternos de los pecados del trópico, supieron lo demás. Una hora después el rumor apasionado de un beso se confundía con el rumor de las olas. Marina volvió sola a su casa, sola.

Pasó el tiempo; Marina esperaba; nadie venía, nada más que sus lágrimas. La triste está enamorada, decían sus vecinas; unas lo sabían todo; las más lo adivinaban: las mujeres no se equivocan nunca cuando de esta enfermedad se trata. Por eso Ramón, el piloto de la

Rafaela, buen marino y mejor muchacho, prescindió de pedir la mano de la playerita. Mucho la amaba; todo es grande en torno del océano.

Marina cantaba estos versos compuestos por un poeta de aquellos rumbos de la costa:

Soy marina, la flor de la playa,  
son mis labios de miel y coral.

Pescadores,  
tended blancas guirnaldas de flores  
donde pase el cortejo nupcial.  
Soy la concha de nácar; la brisa  
me columpia con manso vaivén.

Marinero,  
marinero del alma, te espero;  
no me dejes llorar: ¡oh, ven, ven!...

"Ven, ven", repetía balbuceando la ola, como el pájaro a quien se enseña un canto. Marina, a su vez, repetía sorprendida el ritomelo y se alejaba cantando:

Marinero del alma, ven... ven...

"Ven", sollozaba el mar a lo lejos...

Huyeron los días, los meses. La playera tenía el color apenado de la "flor de cera". El viejo padre de Marina miraba a hurtadillas los ojos extraviados de su hija y meneaba la cabeza... Recordaba la historia de ésta y de aquélla... y de la hija de su compadre, y temblaba repasando las novelas realistas e inescritas de su juventud...

Marina estaba en el muelle, como de costumbre. Dio un grito de repente, se incorporó; una vela blanca venía del puerto: la barca atracó al muelle... Las flores, las cómplices encantadoras de todo amor, saben lo demás... Las olas vieron la despedida, oyeron el beso en el pie desnudo de la joven, y un adiós desesperado... Ellas lo repitieron en su perpetuo sollozo... Adiós... Marina las vio con ojos enloquecidos, pero sin llorar. La barca se perdió en el horizonte y ella se acostó en la arena como si hubiera muerto. Jugaba la ola con su saya, avanzaba, a veces, hasta las puntas de sus trenzas salpicándolas de cuentas de cristal...

Así la encontró su padre. Pocas horas después la fiebre, con una lujuria infernal, quemaba entre sus brazos de fuego a la pobre Marina... Deliró; el viejo lo supo todo. Habló con el padre del seductor, su capitán antiguo.

–Todo está remediado –le contestó–: he enviado a mi hijo a Barcelona, para que no siguiera inquietando a tu hija. En muchos años no volverá.

Éste no era un remedio, bien lo sabía el padre de Marina; porque novelas así suelen ser frecuentes en la costa: esa muchacha de su tiempo, y aquella, y la hija de... Pero ninguna era como Marina; Marina era otra cosa, Marina sentía de un modo extraño; cantaba, lloraba, soñaba, hubiera dicho, si hubiera sabido decirlo el viejo. Si, Marina era otra cosa; claro, era su hija.

El pobre hizo sus confidencias a Ramón, al piloto, al enamorado de Marina... Lloraron juntos, de ira el uno, de desesperación el otro; de dolor los dos...

Marina se salvó: ya estaba buena el día que Ramón, enjugadas las lágrimas, entró al cuarto de la muchacha que, en el vetusto sillón de cuero de su padre, estaba sentada junto a la ventana, por primera vez abierta. Y le dijo:

–Marina, lo sé todo. –Ella lo miró, no con sorpresa, sino con infinita dulzura. –Oye –continuó el piloto–, pocos del pueblo conocen tu desgracia; emigraremos sin embargo: tu padre así lo ha resuelto; yo soy honrado y mi nombre lo es: ¿lo quieres? Serás mi esposa para todos, pero...

Y se acercó al oído de la niña y murmuró en secreto quién sabe qué frases. Ambos lloraron; de admiración, de gratitud ella; el pobre Ramón de dolor.

Poco tiempo después, la brisa salubre de la costa había completado la curación. El día de la boda, Ramón suplicó de rodillas a su novia que colocase en su cabeza el velo virginal de las desposadas. Marina se arrodilló largo tiempo delante de la imagen de la Virgen, que había heredado de su madre, y después, pálida pero serena, aceptó. Concluida la ceremonia, hubo comida y baile y grande algazara en la casa de Marina.

Caía la tarde; Marina bajó del muellecito a la playa.

El mar parecía un zafiro inmenso engastado en un relicario de oro. Fulgorosos encajes de fuego flotaban en el cielo sobre jirones de amaranto. Bandadas de nubecillas se esparcían por doquiera: pétalos de flores arrancados de aquel gigantesco ramillete por la brisa. A veces parecían discos de oro girando sobre un tapiz de púrpura; otras parecían vapor de sangre; allá a lo lejos vagaban algunas, pálidas e intangibles como los fantasmas de las baladas alemanas. Campeche, por su situación en la costa, ve ponerse el sol en el mar; ve la hora en que el sol, al recostarse en su lecho tropical, cambia con la tierra una mirada sublime que estremece a la creación.

Marina, distraída, se acercó a la playa, mientras adentro cantaban las muchachas, con un aire de danza cubana, una canción de un poeta de aquellas costas:

Baje a la playa, mi dulce niña;  
perlas hermosas le buscaré,

mientras el agua durmiendo ciña  
con sus cristales su blanco pie.

Marina descalzó sus pies de las zapatillas de raso blanco, como lo hacía frecuentemente; los desnudó de la calada media y empezó a jugar con la ola que salpicaba su falda de linón un tanto recogida.

Estaba bellísima; un sentimiento impregnado de místicas aspiraciones al cielo comunicaba a su fisonomía encantadora no sé qué fulgor ideal. Parecía arropada en uno de los últimos destellos del día. Sus formas conservaban su voluptuosa morbidez; pero era esa morbidez mística que nos arrodilla ante las vírgenes de Murillo. Su mirada erró un momento por el horizonte; luego se fijó magnética, poderosa, por el rumbo del puerto.

Y vio la niña a lo lejos, muy a lo lejos, una garza blanca que se tomó luego en una barquilla, que se dirigió a ella a toda vela. Saltó a tierra un mancebo; el gentil, el rubio que por primera vez vio Marina en las fiestas del Cristo Negro de San Román, y Marina le tendió los brazos cantando:

Marinero

marinero del alma, te espero;  
no me dejes llorando: ven, ven...

"Ven", repetían las olas, como el pájaro a quien se enseña un canto...

Y las muchachas terminaban en derredor de Ramón, allá dentro, la canción del poeta costeño:

La dulce niña bajó temblando,  
bañó en el agua su blanco pie...

Entonces Marina sintió sobre sus pies desnudos un ardiente y húmedo beso... Y la barca se iba, se alejaba, huía... Y el viento y las olas balbuceaban un adiós lúgubre, como el último adiós. Marina siguió a la barca; entró en el mar, se acercó, se acercó a su amante... Llegó a él, sintió en derredor de su cintura unos brazos suavísimos, aspiró un aliento caliente y aromado, entreabrió los labios y sintió en la boca el beso amargo de la ola, que cubriéndola con un movimiento apasionado, tendió sobre ella su inmenso sudario de cristal y fue a besar la playa murmurando el eco del canto de Marina. Corrió Ramón a la orilla, corrieron las muchachas; sólo hallaron el velo de la desposada flotando sobre las olas.

Todos los años hace el mar en el mismo sitio un ligero remolino y parece entonces que flota sobre él un instante el velo de Marina con su encaje de espuma. "Ven, ven", repite la ola. Esto dicen, por lo menos, las playeras enamoradas que en ese día cuidan de no acercarse mucho a la playa, sobre todo en el momento que transcurre entre la puesta del sol incendiando el firmamento y la aparición divina de la estrella de los mares.

## NIÑAS Y FLORES

A Manuel Díaz Mimiaga

Había en el Celeste Imperio, en una de las provincias que bordan el Hoang-Ho (Río Amarillo), un inmenso estanque azul encerrado en un engaste de flores y plantas lustrosas y verdes, como un zafiro entre corales y esmeraldas. En las riberas de aquel lago minúsculo florecían, en matas lujuriosas, las magnolias y las camelias, perfumadas unas como la boca de la primavera y bellas las otras como la corona del Hijo del Cielo. Los nelumbios blancos sacaban del agua, entre un haz elegante de lanzas de seda verde, su copa de alabastro color de leche y su grueso pistilo de oro.

En la margen oriental del estanque azul, y viéndose en él todo el día como una coqueta en su espejo, se levantaba un pabellón de porcelana con sus celosías de varillas de nácar y sus cornisas bordadas de encaje de metal y terminadas en ángulos puntiagudos y doblados hacia arriba y de los que pendían campanillas sonoras que a cada beso del viento dejaban oír su tenue y risueño repique; al que contestaban los bengalíes en sus jaulillas doradas. Sí, el pabellón era bellissimo y poético como un ensueño de muchacha de quince años; pero sus nácares y sus flores abiertas en tibores incomparables de porcelana esmaltada de oro rojo, azul y verde, y sus biombos de bambú y de seda en que cruzaban aves de pedrería, frente al disco de ópalo de la luna, sobre lagunas de turquesa líquida, y sus mesillas de laca incrustada de plata y sus juguetes de marfil calado como aérea filigrana, y todo eso junto, era un pálido marco en el que se asomaba y reía de juventud y de vida una virgen, que era como una camelia divina en su florero de cristal.

Se llamaba Rosa. Rosa es un nombre de amor. Sus ojos parecían dos almendras ligeramente oblicuas en aquel rostro color de cera rosada y olorosa, y eran esos ojos negros y luminosos como el cielo de la noche en torno de una estrella; sobre los arcos tendidos de sus pestañas descansaba una frente pálida y pura como un gran pétalo de azucena, matizada en las sienes por una red perceptible apenas de deliciosos hilos de savia y de sangre. Sobre la frente descansaba la diadema de terciopelo negro de los cabellos de Rosa, como un ala de cuervo tendida sobre el plumón inmaculado de un cisne. Sus orejitas, de pulpa de rosa-té, soportaban unos arillos sin peso, de oro antiguo, y bajo la fina nariz palpitante sonreía voluptuosamente un perfumero de perlas y rubíes. Dos joyas imperiales eran los ojos de Rosa, era su boca un bombón del Paraíso.

Bajo la túnica de seda recamada de rnaravillosos bordados, se adivinaba la curva mórbida de sus formas púberas; sus mejillas, su cuello eran redondos y elásticos; eran sus brazos como los de las bayaderas, gruesos y suaves, y una especie de cambiante de luz azulosa indicaba en ellos el vello finísimo de la adolescencia femenil. Rosa tenía en la barba un hoyuelo.

¿Qué descubrían tus ojos, ribereña del Hoang-Ho, cuando te sentabas en el alféizar de tu ventana, refrescándote con el abanico hecho con el plumón inmaculado de las aves

boreales y jugando grandes cuentas de ámbar con tus desnudos piececillos de uñas pintadas? ¿En dónde convergían, en qué estrella, en qué celaje, en qué ensueño, las irradiaciones de tus largos ojos que rasaban el cristal diáfano del estanque, que se plegaba bajo el efluvio magnético, como al tocarlo el ala de las alondras matinales?

En la margen occidental del estanque, frente a frente del pabellón de porcelana, allí donde se bañaban los grandes cisnes de cuello arqueado en la sombra verde de las ninfas, y se enredaban las algas como cintas doradas a los juncos, y las mimosas tendían sus ramas nerviosas y sensibles, allí, en el lindero de una aromática plantación de té, se levantaba una casita de bambú con su techo de paja donde hacían provisión para sus nidos las oropéndolas de oro y terciopelo.

Vivía en ella una dulce y pálida criatura; la humedad de su cabaña, las emanaciones de los próximos arrozales habían borrado de sus mejillas la fresca florescencia de la sangre, y la orfandad había adelgazado su cuerpo que, cuando se movía con maravillosa flexibilidad entre los hilos de agua y la espuma del estanque, parecía el de una ninfa pronta a convertirse en ola, en nube, en lágrimas de aurora. Su belleza diáfana tenía el marco áureo de su cabellera blanca, que la pobrecilla trenzaba muy de mañana levantando contenta hacia el cielo sus ojos teñidos con el azul triste de las hojillas del "no me olvides".

Se llamaba Blanca.

Sus padres al morir, con pocos días de intervalo, en una de esas epidemias en que el ángel de la muerte siega con cada golpe de su guadaña centenares de miles de vidas chinas, no le habían dejado más herencia que su casita, su jardincillo que parecía un tiesto de barro rebosando de rosas y cercado de orquídeas sorprendentes de color, de forma y de perfume, y una pequeña plantación de té. Blanca, en la época de la cosecha, vendía el producto de sus plantas a los tratantes que se encargaban de beneficiarlas, y con el puñado de plata que recibía tenía para vivir el resto del año, ella y muchos niños y viudas pobres de los contornos.

Los cisnes blancos y los cisnes negros de rojo pico habían venido a habitar en los juncos que bordaban su cabaña, seguros de hallar protección y alimento, y las golondrinas que volvían de los mares del sur la saludaban con sus trinos alegres a la entrada de la primavera y ella seguía en el lago las fugaces pinceladas negras que trazaba su vuelo en la inmensa placa de cristal, pensando con ternura en que los pajarillos viajeros no la habían olvidado en los distantes climas a donde emigraban con el sol. Estaba segura de que uno de aquellos trinos quería decir "Blanca", en el arpa idioma de aquellas avejillas, y cuando pensaba esto se sentía feliz y daba gracias a su Dios. Aunque su verdadero culto eran las flores; las cultivaba, las cuidaba como si fueran seres con alma como ella; no las separaba nunca de su tallo; le parecía que era esto lo mismo que matar.

Rosa era la hija de un sublime mandarín que no la veía, pero que la tenía rodeada de esclavos fieles y cercada de oro. Rosa era, pues, riquísima. ¡Cuántas veces había

desgranado un collar de perlas sobre el estanque, para ver las burbujas que formaban al sumergirse en el agua! ¡Cuántas había enviado a sus amigas gruesos ramilletes de rosas recogidas con arillos de oro! De todos los ámbitos del imperio llegaban al retrete de Rosa cajas llenas de esos prodigios de marfil y ébano, que labran los artistas con primor incomparable, en virtud de recetas transmitidas de generación en generación durante seis u ocho siglos en oscuras familias de industriales y que son el encanto y la desesperación de los europeos.

Rosa y Blanca no se conocían. La primera divisaba vagamente en la otra orilla del estanque una cabaña escondida entre las plantas de agua, y Blanca alguna vez soñaba con el pabellón de porcelana, delicado y elegante como la jaula de plata de una calandria puesta sobre una plancha de jade oriental. Cuando nacieron las dos niñas, un enjambre de hadas se posó sobre los nenúfares del lago. Después de un momento, todas se dirigieron en tropel hacia el pabellón de Rosa. Sólo una, apenas advertida por las otras, se dirigió hacia la cabaña de Blanca, mojando en el lago la punta de su traje de lino immaculado y bebiendo las perlas del rocío, por los labios lácteos de las azucenas de su corona. Esta hada era la Inocencia.

Una ocasión sintieron las dos al mismo tiempo un estremecimiento exquisito y extraño en los primeros días de una primavera. La primera bocanada de aroma que enviaba la naturaleza al sacudir su manto de nieve que flotaba en jirones de cristal sobre el lago las embriagó esa vez y produjo en sus almas una suave e indefinible somnolencia. En esa primavera ambas cumplían quince años.

Desde entonces Blanca miraba, con una emoción que la hacía sufrir y gozar a un tiempo desatarse el botón de las rosas de su huerto y acurrucarse las golondrinas en nidos mientras que Rosa pasaba horas enteras deshojando rosas con deliciosa crueldad o coronando con las más rojas sus trenzas negras para asomarse a las ventanas altas de su pabellón y dejar perder sus larguísimas miradas en las calzadas de álamos plateados que indicaban al pie de las azules montañas el camino de la capital del imperio. Blanca soñaba; Rosa esperaba.

No esperó mucho tiempo. Era uno de esos días cálidos y transparentes de mayo; la aurora enrojecía con sus besos la colina y en pos de ella, el sol, como una redonda espiga de fuego sacudía su simiente de oro sobre los campos y las aguas.

Corrían las carpas por la superficie del estanque rayando de pedrería las olas que respiraban mansamente, bajo el enorme chal de blonda blanca que tejía y destejía al pasar sobre ellas el soplo tibio de la mañana. Una flota de cisnes blancos dejaba en el agua largos surcos de espuma diamantina que se quebraban en las gradas de malaquita del pabellón de Rosa, cuando viraban sus esbeltas proas hacia la cabaña de la vendedora de té, que parecía salir del agua como la flor del loto, en busca de los besos calientes del día.

Parecía que la naturaleza era un ser femenino y consciente que gozaba de sí misma en medio de un silencio, interrumpido a veces por el aleteo de las alondras que vislumbraban

las garras de un gavilán emboscado en el espacio, o por el canto impreciso de las dos niñas cuyas notas, ardientes o dulces, se rozaban en el cielo como las alas de dos ángeles. Oyóse de improviso un gran galope de caballos en las alamedas cercanas y el sonido de las trompas de caza y los ladridos de las jaurías y, a cortos intervalos, el estridente y metálico plañido del "gong" de oro que anunciaba la presencia de un príncipe imperial en la cacería.

Aquel estruendo pasó como una ráfaga de vendaval y las dos niñas, cuyo corazón palpitara violentamente al escucharlo, fueron recobrando la serenidad y la calma.

De improviso, una corza se detiene a orillas del estanque; una mancha roja en el cuello, de donde caen grandes gotas de sangre, y las lágrimas que brotan lentamente de sus ojos, indican que va herida y perseguida. El esbelto animal aspiró largamente el viento que soplaba del bosque próximo y, lanzando un débil balido de terror, se precipitó en el laguillo; un rastro de sangre marcaba su huella, y cuando había llegado casi al centro del estanque, ya exangüe y sin movimiento, comenzó a sorber el agua a grandes tragos involuntarios. Blanca, que la observaba ansiosa, se arrojó al agua rápidamente. Con admirable destreza llegó hacia el animal moribundo que, comprendiendo que aquel auxilio inesperado la salvaba, volvió a nadar ayudado por la joven, con la cabeza erguida y los ojos atónitos.

En ese instante un caballero apareció en la orilla en el punto en que la corza se había arrojado al estanque; alto y bello, montaba un alazán cuajado de oro, de seda y de espuma; se detuvo un momento y metiendo las espuelas en los ijares de su caballo, se lanzó al estanque de un salto. Pero el corcel comenzó a hundirse también; el jinete se vio perdido y comenzó a hacer esfuerzos desesperados por cortar los estribos con su cuchillo de monte, porque sus pies entumecidos no podían moverse. Blanca, que había podido esconder a la corza herida entre los carrizales de la orilla, volvió a nadar, se acercó al joven, que miraba con terror supremo en derredor suyo, y sacando apenas la blonda cabeza del agua, logró libertar de los estribos los pies paralizados del mancebo y huyó hacia su cabaña, por debajo de las olas, en tanto que el junco de Rosa con sus velas de púrpura recogía al maltrecho cazador. La divinidad protectora de su familia, en forma de ondina, lo había misteriosamente libertado; esto pensaba y creía devotamente el joven. Pocos momentos después el héroe de la aventura, que era un príncipe, y todo su espléndido séquito, reposaban en el pabellón de Rosa, que al verse a solas con el joven le dijo ingenuamente:

—Te esperaba.

Blanca oía lacrimosa desde su escondida cabaña el rumor de los festejos en el castillo de porcelana. Un sentimiento inmenso se apoderó de ella:

—¡Ah! sí —decía—, éste es el amor.

Y pasaba el día espiando el nido de Rosa y la noche viendo el reflejo de los farolillos de seda en el agua y traduciendo el canto de los ruiseñores y el aroma de las flores

nocturnas. Tanto hizo que ni los ruiseñores cantaban si ella no aparecía, ni se abrían las flores si ella no las besaba.

Rosa y su amante apuraban el deleite de amar y las horas de su vida se escapaban hacia lo pasado, veloces, sí, pero temblando de placer. Entretanto, el emperador espiraba y el príncipe debía partir violentamente, con objeto de arrancar su herencia de manos de sus rivales, que habían sublevado ya las provincias del este.

Rosa se dispuso a partir y el día mismo en que debía abandonar el nido encantador de su niñez y de sus amores, los dos jóvenes daban una vuelta por el lago para realizar un deseo de ella.

El príncipe se sentía feliz; iba de pie en la popa del junco de marfil, y sentados sobre almohadones de plumón de cisne cubiertos de seda recamada de perlas, iban Rosa, inclinada sobre la borda, y el gran bonzo mirando la fuga de las nubes por el azul de los cielos inundados de luz.

La sombra del príncipe se proyectaba sobre las olas que parecían apenas pliegues de raso joyante. Rosa miraba amorosa y melancólicamente aquella sombra; de repente creyó notar que se alargaba y se torcía como el cuerpo de una serpiente escamada de oro y esmeralda, por el oleaje, y luego vio claramente que aquella serpiente desplegaba dos enormes alas, y unas garras brillantes y una rojiza melena de león se mostraron ante sus ojos sorprendidos, como si un genio los hubiese esmaltado en el espejo del agua.

—¡Oh dioses! —exclamó la niña—: mirad, ved todos esa sombra, tu sombra, es el dragón imperial.

¡Fatalidad! Cuando uno de los que pretenden el cetro del imperio forma con su sombra la figura simbólica del dragón imperial, la victoria es suya; pero cuantos ven esa sombra deben morir. Estaba escrito.

El gran bonzo había cerrado los ojos al oír la descripción de la niña y mientras ella se inclinaba ansiosa y el príncipe permanecía estupefacto, con un rápido movimiento la levantó en sus brazos y la arrojó al estanque; el príncipe cayó sin sentido al fondo del esquife y la sombra desapareció. El dragón imperial se había hundido con la enamorada Rosa en el fondo de las olas. La victoria del príncipe estaba asegurada. El pabellón de porcelana quedó pocas horas después solo para siempre.

Esa misma noche Blanca quiso seguir en dirección del cielo el canto de los ruiseñores, y al día siguiente, los huérfanos y las aves y las flores lloraban la muerte de la joven, que fue enterrada con su túnica de lino blanco y su corona de azucenas, regalo del hada única que había mecido su cuna.

Rosa y Blanca se fueron al cielo. Habita una en el cáliz de un loto color de fuego y desde allí puede ver a su amado, que, ya emperador, la ha olvidado por impuras bayaderas; por eso llora sin cesar, y su llanto mantiene viva y húmeda a la flor que le dio asilo.

Blanca habita dentro del cáliz de una azucena, blanca como ella. En su derredor los ángeles cantan como ruiseñores y una suave y perenne luz irradia de sus ojos del color azul triste que tienen las hojillas del "no me olvides".

¡Oh! niñas apasionadas, dulces y ardientes hijas del amor, vosotras no olvidaréis a Rosa. Niñas buenas, cuando suba de vuestro corazón a vuestro oído una melodía dulcísima como el roce de las alas de los ángeles, regocijaos, ésa es la voz de la inocencia, la voz de Blanca.

## LA SIRENA

(A Enrique MacGregor)

Desde la popa de uno de los buques de corto calado que pueden acercarse a Campeche, la ciudad mural parece una paloma marina echada sobre las olas con las alas tendidas al pie de las palmeras. Allí ni hay rosas ni costas escarpadas; el viajero extraña cómo el mar tranquilo de aquella bahía, que tiene por fondo una larga y suavísima pendiente, se ha detenido en el borde de aquella playa que parece no presentarle más obstáculo que la movable y parda cintura de algas que el agua deposita lentamente en sus riberas.

El cielo de un azul claro, luminoso, inmóvil durante horas enteras, o puesto de súbito en movimiento por nubes regiamente caprichosas; el fresco y oloroso verdor de las colinas, los caseríos de la falda mostrando apenas entre el follaje sus techos de palma; la vieja, descarnada y soberbia cintura mural que rodea a la ciudad, y el mar rayado de oro, por donde van lentas y graciosas las canoas como palmípedos blancos que desaparecen al alba en derredor de sus nidos formados en los pérfidos bancos que las olas dejan más bien adivinar que ver, imprimen a aquel cuadro algo de perpetuamente risueño y puro que encanta y serena las almas.

Mas cuando la rada de la muy noble y leal ciudad, como dicen los blasones coloniales de Campeche, toma un aspecto mágico en verdad, rico de colorido y de vida, es en el nebuloso día de san Juan, en la época del solsticio de estío, la gran fiesta de las aguas. En tal día los habitantes de la ciudad corren a la playa, corónanse de gente murallas y miradores, y la muchedumbre desborda por el muelle; todos tratan de mirar y deleitarse con el voltejeo, la alegre fiesta del mar.

Al misterioso murmurio de las olas se mezcla el sonido ronco y triste del caracol, el clarín del océano, que resuena por doquiera que una barquilla se desliza. El mar, bajo los nublos del cielo y las caricias del viento de lluvia, tiene aires de rey y encrespamientos de león; bajo cada ola hinchada parece respirar y bullir algún pez gigantesco. Todo ello importa muy poco a aquellos marinos y pescadores acostumbrados a los caprichos del mar como a los de una querida y, sin cuidarse de los elementos, se embarcan en esquifes, diminutos a veces, y hombres, mujeres y niños surcan la rada, cantando, tremolando

grímpolas y banderas, gritando e improvisando acá y allá regatas vertiginosas aplaudidas por cuatro o cinco mil espectadores.

Y, sin embargo, ni la alegría ni el voltejeo son lo más notable de la fiesta de san Juan; hay algo mayor y mejor, misterioso e inefable, enteramente real aunque parezca imposible: al rayar el alba canta la sirena.

La sirena campechana es (o era, ¡ay!, ignoro si haya muerto), es, digo, conforme de toda conformidad con el tipo clásico inventado quizá por Horacio, que dice de ella:

*Desinit in piscem mulier formosa superne.*

Y es cierto –en Campeche hay testigos oculares–: la sirena es mitad mujer y mitad pez. Todas estas creencias populares tienen en su raíz una leyenda, de la que es necesario desentrañar la lejana y abscondita realidad de un hecho.

Si me seguís, lectores, he aquí la leyenda, tal como, en sustancia, me la refirió uno de esos viejos marinos "que han oído a la sirena".

Hace un siglo casi, cuando apenas firmaba en Aranjuez Carlos III los preliminares de la erección de la villa de Campeche en ciudad, en razón de los grandes servicios prestados a la Corona por el comercio de dicha villa en las guerras contra los salvajes y, sobre todo, contra los filibusteros que inundaban aquellas comarcas y, como reza el texto de la real cédula, "para poder continuar en ella un comercio cuantioso y boyante, con cerca de diez y siete mil personas de población en cuasi tres mil familias establecidas en ella, y no pocas del primer lucimiento y distinción, que aspiran a continuar sus lealtades, imitar y aun adelantar si pueden los justos impulsos que han heredado de sus antecesores"; por ese tiempo, decíamos, vivía en el barrio esencialmente marino de la villa, en San Román, una vieja de siniestra catadura y que, según el dicho de algunas abuelas de por allí, debía contar un siglo largo de existencia, pues cuando ellas habían entrado en el uso de la razón, referíanles sus padres que desde niños habían conocido a aquella mujer con la misma facha con que por entonces se paseaba encorvada, desde su casa hasta el fortín de San Fernando, construido a dos tiros de fusil del barrio.

Los "sanromaneros", aunque no sentían la menor simpatía por aquella mujer doblada hasta el suelo, sin pelo, cejas, ni pestañas, cuyos ojos brillaban con el fuego sombrío de los carbunclos, cuya boca parecía un rasguño sangriento trazado de oreja a oreja por la punta de un alfiler y sobre la cual se buscaban, para darse perdurable beso, las puntas de la corva nariz y de la corvísima barba, le tenían respeto, acaso terror. ¿De dónde había venido a San Román aquel insigne trasgo? Nadie lo sabía, mas no faltaban suposiciones. Unos decían que había llegado a la península en calidad de esclava del nefasto conde de Peñalva y aseguraban, muy serios, que, después del asesinato del conde por la heroica esposa del judío, los regidores que formaban la Santa Hermandad, ordenadora del terrible castigo del mandarín inicuo, habían hecho quemar a la esclava por bruja y hechicera, en Campeche, donde se había refugiado, y arrojar al mar sus cenizas. Mas, añadían con profunda convicción, en virtud del pacto que la tía Ventura (así la llamaban) tenía

concertado con el diablo, sus cenizas habíanse convertido de nuevo en carne y hueso y en cierta ocasión, un día de san Juan, la tía Ventura había venido sobre las olas montada en un mango de escoba y se había establecido en el barrio de San Román.

Otros insinuaban que muy bien podía ser el alma del terrible filibustero Diego el Mulato, condenado desde hacía mucho más de cien años a esperar en los arrabales de Campeche el perdón que su celestial amante Conchita Montilla imploraba para él. Un sacerdote de la Compañía de Jesús, que hacía años había por Campeche rumbo al colegio de Jesús de Mérida, había hablado con la bruja, y de lo que le había dicho y de su acento italiano, había colegido que debía de ser una adepta de la secta italiana de los inmortalistas, fundada por el conde de Bolsena, que creía haber encontrado el elixir de la vida de que, sin duda, la tía Ventura había gustado.

El caso es que, o por miedo a las diabólicas artimañas de la bruja o por respeto a la edad, nadie, ni los irreverentes chicuelos ni la Inquisición, se metía con la anciana. Una cosa llamaba mucho la atención: por la noche, ya soplara tibio y perfumado el terral, ya el águila de la tempestad se meciera en las turbulentas ráfagas del "Chiquinic", el mal viento de aquellas costas, la tía Ventura, sentada en el umbral de su barraca en la playa, se ponía a cantar, y quienes habían logrado percibir las tenues notas de su canto aseguraban que era aquello como un acompañamiento angélico de los sollozos de la brisa y que la tempestad parecía callar como para oír mejor.

¡Ah! sí, la música lo suaviza todo; es el esfumino de ese dibujo eterno que se llama la naturaleza. El mito de Orfeo, el cantor que conmovía a todos los seres, lo animado y lo inanimado, sigue siendo y será eternamente cierto. Las cosas grandes y las pequeñas en la naturaleza, el hombre y la sensitiva, el océano y el cocuyo, todo cuanto se mueve, cuanto ilumina, cuanto siente, tiene un momento dulce, una sonrisa o una lágrima y ese momento es esencialmente musical. ¿Podemos imaginar siquiera todos los misterios de infinita melodía que encierran las imperceptibles trovas eólicas de la brisa que agita los pistilos de un lirio? Yo recuerdo cuán tremenda impresión resentí la primera vez que vi un cadáver; mas también recuerdo que cuando en presencia de aquel hombre muerto, escuché una sonora estrofa musical, el cadáver me pareció irradiar no sé qué dulcísima serenidad. Lo que me había hecho estremecer, me hizo llorar; el muerto sonreía a través de la música y era inefable sonrisa la suya. Volvamos a la tía Ventura.

Las mujeres, envidiosas tal vez, explicaban el fenómeno afirmando que la bruja tenía en una jaula un pájaro hechizado, un shkok, el ruiseñor de las selvas yucatecas. Los jóvenes espionaron y aun registraron la barraca de la tía y sólo encontraron, sobre la tosca pared, mal encalada, un perfil trazado con carbón: ese perfil era el de una mujer y esa mujer era divina: pero ni pájaro ni jaula había allí.

—Se lo habrá comido —decían las abuelas del barrio— y le canta desde dentro.

—Sí —decían los hombres—, tiene la tía Ventura un ruiseñor en la garganta.

Y quedó demostrado que la tía Ventura tenía una voz de ángel.

Era la noche del 23 de junio de 1772; guardaba el fortín de San Fernando un joven alférez, de gallarda apostura e intrépido corazón. Después de examinar el horizonte con su catalejo de marina, sin descubrir nada que fuera alarmante, tiró su capa en el suelo, desciñó su espada, se tendió al aire libre, apoyando su hermosa cabeza sobre un saco de pólvora, y sin poder conciliar fácilmente el sueño por el excesivo calor, se puso a mirar la luna de hito en hito; de cuando en cuando un suspiro revelaba el estado de su corazón. En el espacio no había una sola nube; apenas brillaban algunas estrellas pálidas como grandes cuentas de cristal de roca. La luna daba al cielo un tono nacarado y convertía al mar en un inmenso baño de diamantes. Las olas jugaban con las peñas que rodeaban el baluarte y los cocoteros mecían sus grandes abanicos verdes con voluptuosa elegancia inclinándose sobre el encaje que bullía entre las algas de la playa.

El joven pensaba en su país natal, un terruño entre la montaña y el Cantábrico, con la melancólica nostalgia; pero narcotizado por los besos tibios de aquella perfumada noche del trópico, se durmió al arrullo de la lánguida y monótona canción del mar.

Soñó que un genio marino le ofrecía su vara mágica para penetrar en el seno de las olas; soñó que aceptaba que entraba en el líquido elemento y bajaba de ola en ola, como por una escalinata de esmeraldas en fusión hasta llegar a una roca soberbia que parecía el crestón de cristal de una nivea montaña. En la falda de aquel prisma enorme, hundían sus raíces transparentes extraños árboles que a compás de las olas se balanceaban sin cesar, y entre cuyas hojas, que llegaban como inmensas cintas a la superficie del agua, desplegaban algunos habitantes de aquel invisible mundo sus redes de gasa irisada o cruzaban rápidos y esplendorosos algunos peces, aves de pedrería de aquella selva submarina.

La roca de cristal era una gruta misteriosa y azul por dentro. Frente a su entrada extendía la púrpura pálida de sus maravillosas flores un jardín de rosales de coral. Y más allá se bajaba por los peldaños de esmeralda que el joven conocía ya; llegó así a un salón, que dividían en naves circulares vastas columnatas de diamante formadas por las estalactitas y en medio del cual, bajo una bóveda diáfana por donde se filtraba divinamente amorosa y triste la luz de la luna, había un estanque de agua en que morían las corrientes del Mississippi, del Bravo, del Pánuco y del Grijalva, que rompían por entre los cristales de los muros y caían en silenciosas cascadas en aquella copa inmensa del Golfo. En sus bordes crecían flores pálidas y transparentes, con los tallos cuajados de estrellas de sal y cuyos pétalos estaban salpicados de perlas, el rocío del océano.

En el centro de aquel estanque se erguía una flor extraña y solitaria; de ella brotaba un canto inoído, ideal. Parecía que en su corola anidaba un coro de invisibles ángeles, los ángeles del mar; el eco de sus cantares es el que llevan las olas a la playa en las noches serenas.

—¿Quién canta así?—murmuró el joven soñador.

—La flor—contestóle el genio—: mira su sombra en el espejo del agua.

Y el alférez vio que la sombra de la flor estaba encerrada en el perfil de una mujer inefablemente bella. Si los que osaron registrar la cabaña de la tía Ventura hubieran podido ver aquella sombra, habrían recordado el trazo de carbón estampado en la pared de la barraca.

En ese instante el alférez despertó. Y su asombro fue indecible. La voz de la flor de sus sueños resonaba ahora al pie del baluarte y de allí, pasando por su corazón, subía a los cielos por la escala de oro de una infinita melodía. Era aquélla una de esas voces que nos recuerdan los besos maternos, el hogar ausente, los hermanitos muertos, los primeros besos de las pasiones puras, y luego una lánguida y sublime aspiración a la muerte.

El alférez se incorporó; puesto de codos sobre la cortina del fuerte, miró hacia abajo. Una sombra negra se movía al pie de una palmera. Bajó el joven; la sombra había entrado en una barquilla y parecía esperar: estaba sola. Acercóse el oficial y a la luz de la luna, ya en su ocaso, distinguió a la tía Ventura. El joven retrocedió espantado; mas el canto lo fascinó, y subió a la lancha que se columpiaba rítmicamente sobre las olas.

La sombra satánica cantaba:

"El amor, el alma del mundo, tocará con el beso de sus labios el rostro marchito de la inmortal y el ángel de la belleza tomará a encender en su frente la estrella del placer sin mañana y sin fin, y en esa estrella de inextinguible foco, los que se aman se consumirán como la mirra en el perfumero. Ven, ¡oh!, ven: en el amor está toda belleza; toda belleza emana del amor."

El joven apartó la vista de su compañera de viaje, porque la lancha bogaba, bogaba mar afuera, y la fijó en el mar. La luna rompía en la barquilla algunas varillas de su abanico de plata y sus rayos oblicuos proyectaban la sombra de los viajeros sobre el terso y sereno oleaje. Y, ¡oh prodigio!, la sombra de su compañera era la sombra de la flor del estanque de sus sueños; la sombra de una mujer bella como la primer vigilia de amor. El joven oficial acercó su sombra a la sombra que lo enloquecía, para confundirse con ella.

Ambas se buscaban; las dos se acercaban, se acercaban, iban a tocarse. De repente un beso preñado de juventud y de deleite resonó en la barca y el mar lo recogió con voluptuosa avidez... El mancebo tenía en sus brazos a una mujer de los cielos; la anciana había desaparecido: quedaba en su lugar una virgen, como no la había concebido artista, ni soñado poeta de veinte años... La lancha bogaba, bogaba...

La luna había huido; el viento solsticial soplaba con furia; la barquilla bogaba, bogaba... Rugió la tormenta en el cielo; el huracán estremeció la tierra, la rada entera se convirtió en una oleada sola, lenta, inconmensurable, negra.

—Piedad, Dios mío —exclamó la virgen del canto—: ¿Qué, no te bastan cinco siglos de sufrimiento? ¿Qué, no puedo ser amada?

—No —respondió un trueno en la altura. Y el rayo hundió en la ola ilimitada a la barquilla y a los amantes; ambos rodaron abrazados y convulsos por el abismo.

Mas ella no podía morir; reapareció en la superficie; era una divina mujer, pero bajo su vientre se traslucían las escamas de oro de su inmensa cauda de pescado. Aquella monstruosa forma canta un canto preñado de sollozos de amor; sus ojos buscan llorando en torno suyo y toma a hundirse luego.

Y cada año, en la mañana de san Juan, se escucha en la entrada de la rada un canto celestial que dice:

"El amor es el alma del mundo; ven si quieres consumirte de placer en mi seno, como la mirra en el perfumero. ¡Ven! Toda belleza emana del amor."

—La sirena —dicen los pescadores, y haciendo la señal de la cruz, huyen a toda vela.

## PLAYERA

(A Esteban González)

En la mansa orilla de mis playas natales los cuentos, florecen las leyendas como las rosas y los jazmines que bajan al arenal trocando la colina en una sonrisa, por entre los mangueros, los tamarindos y los "shkanloles" que de sus espléndidas copas verdes dejan caer, por las puntas de sus ramas, su incesante lluvia de flores de oro. Unas de esas leyendas son reidoras y alegres como la luz del día; otras melancólicas como el crepúsculo de las tardes lluviosas; de todas se exhala el vivaz aroma salado de tus algas, ¡oh mar!, que has sido colocado a la vista del hombre para sugerirle la emoción del infinito. Uno de esos cuentecillos voy a traduciros, lectoras mías, en pálido lenguaje: oírlo referir a una joven de la costa, mezclándolo con cantares, salpicándolo de imágenes que parecen árabes por lo atrevidas, por lo ardientes, en lenguaje vibrante y sencillo, sin un ápice de retórica, es un encanto. Oírmelo a mí en lenguaje literario y en frases poéticas compuestas ad hoc, puede seros fastidioso; temiendo esto, será breve.

Mas os he engañado, lectoras mías, lo que vais a leer no es un cuento, ni es una leyenda siquiera; es un poemilla muy lírico, muy "subjetivo", es decir, muy del alma para adentro, si se me permite decirlo así (y aunque no se me permita), que en lugar de estar escrito en verso está compuesto en prosa lo más verso posible (si puede decirse así, que sí se puede).

Apasionado de los contrastes, desde niño he buscado instintivamente, no los sitios siempre verdes y floridos en que parece que la luz se enferma de fastidio, sino el prado cargado de tintas vigorosas que se apoya en la abrupta montaña y que desborda sobre escalinatas de rocas ásperas y negruzcas en donde el mar se estrella y labra su nido la gaviota. Por eso en las playas dulces y sin cantiles de mi país, era para mí deleitoso cierto sitio en que la amplísima curva de la playa se interrumpe súbitamente por una aglomeración de peñascos cuajados de cácteas y desde cuya cima, que me parecía la de

una montaña, y que en realidad no era más alta que la de los vecinos cocoteros, tomaba el mar a mis ojos de niño un relieve soberano.

¿Me creeríais, lectoras, si os dijese que en este lugar me entregaba a grandes y fantásticos ensueños mirando las nubes, una tarde del estío templado que en nuestras costas acostumbran llamar invierno? ¿Y por qué no me habíais de creer? Tenía yo diez años. ¡Mirad las nubes! ¿Qué otra ocupación más seria puede tenerse en esa edad? Esa tarde tenían un resplandor cobrizo, pero como si fuera el reflejo de un gran horno de cobre en fusión, oculto como el sol bajo el horizonte. Más arriba grandes masas de vapor, de un impuro color violáceo, desleían sus contornos en la enorme placa de zinc del cielo. El mar imprimía a aquellos horizontes su tono prodigioso. Mis meditaciones (¿eran meditaciones?), tomando un giro triste del paisaje, me sumergían lentamente en una catarata de abismos.

Unas muchachas con sus flotantes faldas de muselina blanca, con el pecho cubierto por una cruzada pañoleta de seda, y con flores y cocuyos en las trenzas, subieron a donde yo estaba, reidoras y traviesas. Una de ellas tocaba una guitarra, cantaban todas; poco a poco los cantos cesaron; la tristeza indefinible que emanaba de las cosas ganó sus almas y, sin hacer caso de mí comenzaron a hacerse confidencias, y una la tocadora, hizo su confesión. De esa confesión, que la joven ponía en tercera persona, he extraído unas gotas de perfume para las páginas que vais a leer.

Se llamaba Concha; en los labios de la que se confesaba, tomó el nombre de flor de Lila. Lila era más linda que ese celaje que veíamos flotar como un encaje de oro sobre el disco del sol poniente. Era blanca y el hálito del mar sólo aterciopeló un tanto sus facciones. Era alta y parecía haber estudiado en los datileros cierto delicioso vaivén que daba a su modo de andar la cadencia de una de esas canciones tristes que cantan los pescadores al salir para el mar. Sus cabellos eran de un castaño denso; eran casi negros con visos dorados, suaves como el primer vellón de la mazorca del maíz, y sus ojos eran grandes y brillantes, de un color indefinible, y divinos y turbadores cuando los entrecerraba (porque era un tanto miope), y podía percibirse el fluido cristalino que los bañaba, al través de la rizada seda de sus pestañas. Bajo la nariz rosada y un tanto aguileña, se abría, como el botón purpúreo de un clavel, una boca que espiaban para besarla y chuparle la miel los colibríes y las abejas, que habían olvidado por ellas las flores perfumadas del "shtaventún". Completaban aquella maravilla las líneas del óvalo de su rostro, sedosas y puras, como las de la escultura de La Purísima que se venera en la iglesia de San Francisco y que es fama que fue esculpida por los ángeles.

Lila era una niña rica; mas cuando vivía con su familia en el lindo poblacho en que Campeche toma fresco, las marineritas de los contornos la contaban como una de ellas, la colmaban de regalos y parecían mariposas revoloteando en torno de uña rosa de Alejandría.

Lila nunca había sufrido, ni tampoco había llorado, y esto la ponía triste y pensativa; muchas veces se pasaba las horas sentada a la orilla del mar, preguntando a este perenne oráculo de las costañas el secreto, no de su falta de sentimiento, sino de su falta de

lágrimas. No, no lloraba, y cuando resentía alguna grave aflicción, sus ojos se ponían un tanto opacos... y no más.

Era una mañana de agosto; la playera acababa de bañarse en el mar reidor y tibio y parecía empapada en el lampo de la aurora; sus cabellos, salpicados de gotas de cristal, caían en grandes ondulaciones sobre sus hombros de estatua, y bajo la orla de la pintoresca saya asomaba un piececillo cubierto a medias por el agua y sobre el cual las olas remedaban arrullos de paloma y desplegaban coquetamente primorosos festones de espuma. Lila tenía a su hermanito entre los brazos y jugueteaba deliciosamente con su carita risueña y sonrosada de placer y de vida; ya cerrándole la boquita con sus dedos de hada, ya fingiendo el canto de la torcaz cuando reclama a sus polluelos o cubriéndole de besos y mordiditas que hacían reír sin cesar al recién nacido.

Las nubes, como apretadas bandas de cisnes, tomaban en el oriente baños de púrpura; se abrieron dejando entre ellas un gran trecho azul limpiísimo y bruñido. En ese espacio apareció súbitamente un segmento del disco del sol en ascensión. De él se escapó el primer rayo, y la luna, que se columpiaba sobre el mar, palideció de amor. El rayo de sol bajó la colina cubriendo de besos las copas de las palmas, trocando en perlas de oro las gotas de rocío en las florecillas y los musgos, y llegó a la cabellera de Lila; allí quedó prendido, se había enamorado de ella. La sombra se proyectaba delante de la niña y era que el primer beso del día se había dormido en el regazo de la playera.

Lila sentía extraños padecimientos; palpitaba violentamente su corazón y cerraba los ojos como si quisiera cegarla el reflejo del sol que ya abría sobre las olas su inmenso abanico de fuego:

—¿Voy a llorar, Dios mío? —se preguntaba.

Una sensación inexpresable la hizo volver en sí; al tornar el rostro al oriente había recibido un beso en los labios; quiso huir, pero no pudo. Puso al niño sobre la arena, suave como un almohadón de pluma; y se apoyó en la roca; parecía que una voz cuchicheaba en su oído frases divinas. Y tornaron sus ojos a cerrarse, una corriente volcánica circuló por sus venas y al sentir el segundo beso sus labios sonrieron de deleite; estaba dormida.

Y allá, en la región de los sueños, la joven escuchó la música voluptuosa y lánguida de esta canción de amor:

Soy un destello del sol candente,  
chispa de un foco de eterno amor;  
niña, tu boca dulce y riente  
será mi cáliz, será mi flor.

Mírame, ámame, niña hechicera,  
yo soy el ángel de la ilusión;  
dame tu vida, blanca playera,

playera, dame tu corazón.

Delante de ella se irguió un mancebo; tenía en la mano el arpa, vibrante aún, y temblaba en sus rojos labios la última nota. Su belleza era ideal, brotaban de sus ojos en ondas luminosas el amor y la juventud. Hasta su sombra parecía iluminada por un fulgor cuya fuente era invisible. El mancebo parecía embarcado en un esquife cubierto con mantos de armiño y cendales de oro; las olas del mar se teñían de luego al acercarse a él; cuando batía sus alas inmaculadas dejaba entrever detrás de él, en los cielos, un gigantesco pórtico de cristal y de zafiro desde donde bajaba una gradería de oro transparente.

En medio de su éxtasis, una penumbra negra invadió el alma de la muchacha; tuvo un recuerdo. En la última fiesta del patrón de los marineros que se venera en san Román, había visto a aquel ángel: vestía de terciopelo como un magnate de la corte virreinal (de los que todos hablaban y nadie había visto), o como un jefe de corsarios franceses, y recordó que todos creían que aquel hombre debía de ser un filibustero, porque nadie lo conocía y derramaba el oro a manos llenas. (Estamos, queridas lectoras, en los tiempos coloniales; no se me había presentado oportunidad de decíroslo.) Lo singular, lo malo, es que durante todas las fiestas aquel hombre la siguió con sus miradas, amorosas y audaces a la vez; ¡qué horror! Y ella, ella lo veía como distraídamente y el corazón le palpitaba con infinita fuerza...

Todas estas reminiscencias pasaron como una bandada de aves negras por el cielo de su alma. ¿Quién ha pretendido analizar el primer momento de amor en el corazón de una mujer? Ellas jamás lo explicarán, ni los ruseñores cómo brota de su garganta el primer arpegio, ni el botón de nardo cómo exhala, al abrirse, su primer perfume. El primero amor es la revelación del alma en nuestro ser: sabemos que existe: mas no la sentimos, sino cuando amamos. La paloma que anida el misterio que cada uno lleva en lo más íntimo de sí abre las alas y canta, con sólo el fulgor de una mirada que penetra en nuestra sombra. Y esta palabra mil veces deletreada con indiferencia: amor, adquiere para nosotros una significación inmensa, nos lo explica todo, es la clave del jeroglífico de la eternidad.

Lila no se explicaba así lo que sentía, ni de ningún otro modo. Porque el mancebo que la playera tenía delante, lo estaba en realidad, pero delante de su alma; y el parecido de éste con el filibustero indicaba que ya lo había visto. Pues no, no había visto a nadie; y, sin embargo, todo era real, todo era supremamente real, pues qué ¿hay algo más real que la luz en un rayo de sol y el amor en una mujer de quince años, en la costa del Golfo?

Lila, magnetizada por las palabras del mancebo alado, se dejó cubrir la frente de besos; de cada beso nacía un azahar, y juntos formaban una corona de desposada. Luego, el ángel (¿no os he dicho que era un ángel?) tendió sobre su cabeza y dejó caer en rectos pliegues sobre el cuerpo de la virgen una nube sin mancha; era el velo de boda. Y el altar era sorprendente; parecía el altar de la iglesia de San Román, pero cuajado de piedras preciosas: los cortinajes de tisú recamados de oro parecían nubes bordadas de estrellas y el pavimento era un ópalo verde como el mar.

—¿Me amas? —preguntó el mancebo.

–Sí –dijo la joven con sólo el destello que se encendió en sus ojos.  
–Ven, pues, ven conmigo.  
–¿Podré llorar?  
–Llorarás –repuso el amante de Lila.

Y la barquilla de cristal se aproximó... Pero otra sombra negra se interpuso entre el alma de la niña y su visión de amor:

–¡Dios mío! –exclamó la niña con desesperación profunda– ¿dónde está mi hermanito?

Lo dejé dormido en la arena y lo olvidé. ¡Ay!, se lo han llevado las olas.

–Míralo en su nido –le dijo el celestial barquero.

Sobre la luna en menguante, apenas visible en occidente y que parecía una cuna de plata colgada en el firmamento, Lila pudo ver a su hermanito dormido.

Y ya la barquilla bogaba, bogaba en el mar risueño. La cabeza de Lila, reclinada sobre el pecho de su amado, parecía rodeada de una aureola; sus cabellos destrenzados mojaban sus extremidades en las olas, y éstas pasaban a través de sus hilos sutiles temblando armoniosamente, como la brisa por entre las cuerdas de las arpas eólicas. Lila se sentía dormida y no tenía fuerzas para querer despertar. En sueños tuvo un recuerdo y fue la última sombra negra. Aquella mañana, al salir del baño, había visto un bergantín con bandera negra cruzando a toda vela el horizonte... La bandera negra es la bandera de los filibusteros:

–Allí está –decía palmoreando alborozada la criada africana de Lila–, allí está: viene por nosotros.  
–¿Quién? –preguntó la niña.  
–Aquel que tanto miraste en las fiestas de San Román...

Después, Lila, pensativa, tomó un poco de leche que le trajo la esclava; estaba un poco amarga; y luego siguió jugando con su hermanito...

Lila sintió un beso entre los labios y la barca continuaba bogando, bogando...

–Yo quisiera llorar –decía la niña–. ¡Oh! Dios mío, creo que voy a llorar  
–Llorarás –contestaba el ángel, inclinando sobre ella su gran mirada de amor...  
–Vaya un cuento raro. ¿Y lloró por fin? –decía una de las muchachas.  
–¿Quién sabe? Pero lo cierto es que fue feliz.  
–¡Feliz! –dijeron todas a una.  
–Si murió, fue feliz; y si lloró, fue feliz también...  
–¡Oh!  
–¿No ha dicho Jesús, nuestro Señor: "felices los que lloran"?

## NOCTURNO

(A Roberto A. Esteva)

He aquí una hoja de su cartera. La he conservado amarillenta y próxima a convertirse en polvo, como esas hojas anémicas con que los viejos fresnos lloran la pérdida del calor y que ruedan por los campos a merced de los nortes de otoño formando en las veredas móviles tapices.

De esa hoja transcribo los versos siguientes:

Las flores del cementerio,  
las de las corolas pálidas  
que una vez el tallo doblan  
y ya nunca se levantan;  
las flores en que el rocío  
sus perlas convierte en lágrimas,  
aquellas que de las tumbas  
creciendo a la sombra helada,  
viven muy tristes, muy tristes,  
y mueren blancas, muy blancas...

Las rosas del cementerio  
que miel no tienen ni ámbar,  
las que desprecian la niñan  
y que nunca la mañana  
refrescó con su abanico  
de oro, de azul y de nácar,  
el abanico en que juegan  
las brisas embalsamadas,  
uniendo el olor del bosque  
y el olor de la montaña,  
y a los arpegios del mirlo  
la canción de las calandrias...

Esas pobres flores huérfanas,  
ésas son las flores mías,  
como yo desheredadas,  
que lloran como yo, y tienen  
como yo la frente pálida.  
Cuando a su tallo sin jugo  
se acerca mi mano helada,  
las siento muertas... ¡Dios mío!  
¿Será un sepulcro mi alma?

Al calce de este romance melancólico una mano, que parecía senil y que era de un adolescente, había escrito un nombre: lo velaremos con otro semifantástico, ¿no os parece, lectoras? Escribiremos Stella y sigamos describiendo la hoja de la cartera.

Bajo el nombre de Stella hay unos signos musicales en unas líneas de pauta. Paco Lerdo de Tejada los interpretó en el piano: eran la transcripción de un sollozo. A la vuelta de la hoja estas frases: "Su corona nupcial es de rosas exangües ¡tan pálidas! Pobre Stela, obligada a hacer sus ramilletes en el cementerio. Ésta es la noche de boda..." La hoja termina así: San Fernando números 201 y 202. R.I.P.

Heberto era un soñador de veinte años; no había nacido para nada útil, en el sentido que da el mundo al vocablo, y creía que tenía derecho para no ser, para no ser nada. ¡Pobre! Su padre le obligó a estudiar; él no sabía, no podía, no quería estudiar. Los muros del colegio oprimieron su corazón infantil y se lo dejaron enfermo para siempre; cuando su madre, una santa, fue, por consejo de los médicos, a sacarlo del colegio, se encontró con un niño muy pálido que tenía mucho frío, unos ojos llenos de fiebre y que por cierto movimiento, que en otro habría sido amanerado y era gracioso en él, indicaba el hábito contraído de contemplar largas horas el cielo.

La madre lloró al ver a Heberto; éste lloró, primero porque su madre lloraba y luego porque en su corazón enfermo parecía haber un depósito de lágrimas y, cuando ya rebosaba, parecía que por una válvula de escape se derramaban en sus ojos, en sus mejillas, y entonces, se calmaban un tanto, un instante. Era una naturaleza viciada, era un ave de paso que se había equivocado de rumbo viniendo a la tierra. Desde pequeño le había faltado el sol y el corazón de su madre, ese otro sol. Resultado: había contraído un vicio; ¿qué niño secuestrado en el colegio no lo contrae? El vicio solitario de Heberto eran las lágrimas; la causa, una sensibilidad de mujer. ¿Quién sabe qué elementos entraban en la composición de su alma? Quién sabe cuántas mujeres huérfanas, desamparadas, soñadoras, locas tal vez, habían dejado al pobre muchacho su herencia de sentimentalismo y de aspiraciones irrealizables. Pobre Heberto: era un histérico.

Lo despreciábamos algo, sus compañeros de colegio; le queríamos mucho: cuando le veíamos dormido, sentíamos tentaciones de rodear su lecho con cuatro cirios. No hay cosa más lúgubre que un adolescente sin salud; es un mes de mayo sin golondrinas.

Heberto, al salir del colegio, entró al primer templo que halló a su paso y se arrodilló:

—Dios mío —dijo—, yo sé que me voy a morir; pero concédeme antes una cosa, una sola: amar, para tener la seguridad de ir al cielo.

Poco más o menos, todos hemos hecho esta plegaria en los años de fe de la adolescencia sobre los cuales aún se proyecta la dulce y piadosa sombra de nuestra madre, como la sombra del viejo campanario que repicó en nuestro bautizo, nos acompaña algunos instantes al alejarnos de nuestro país natal.

Heberto buscó un año. Su madre no cesaba de aconsejarle un viaje a Europa; ella le acompañaría; en Burdeos tenían parientes que los esperaban. Heberto aplazaba su resolución. Creía que el ángel de sus ensueños, que en sus delirios llamaba Stela, debía de ser hija del suelo mexicano, formada con el luminoso éter de nuestro firmamento, dorada por un rayo de sol de nuestras primaveras, perfumada por las ardientes y acariciadoras emanaciones de las florestas indianas. El ángel que había elegido por nido el corazón del poeta no tenía rostro, ni tenía cuerpo: era un celaje color de rosa que dibujaba, bajo su gasa vaporosa, las líneas ideales de una figura extrahumana, como bajo una sábana de lino immaculado se adivinan los contornos poéticos e imprecisos de una impúber.

Cierta vez, Heberto dio un grito en su lecho; en su almohada había caído una lágrima reciente que no podía ser suya; las coberturas guardaban casi el molde y la tibieza de un cuerpo de virgen. Su madre vio algo de eso, cuando Heberto se lo refirió entre el llanto y la risa. Salió al jardín de la casa que habitaban en el campo y se sintió súbitamente narcotizado por los aromas vivaces de las plantas. Cuando el sueño apagó en su cerebro el último destello de razón, escuchó Heberto, en pleno paraíso fantástico, un "ven" sonoro y claro como si hubiese salido de una garganta de oro.

El soñador, incorporándose, marchó en línea recta al lugar de donde la voz había salido. Pronto llegó a una pobre habitación; allí encontró a Stela, allí vivió algún tiempo. Stela era una niña como Alfredo la soñaba; era una ráfaga color de rosa, detenida, con las alas trémulas, sobre los pétalos de una azucena. Su nombre, su figura, su alma eran hijos del cielo. Era una perla caída de la guirnalda efímera de las hadas, en una noche en que la aurora las sorprendió en el seno de las flores. Era, de lejos, un espectro; de cerca, un perfume. ¿Cómo Alfredo había encontrado a Stela? Lo ignoramos. ¿Stela existía, ha existido alguna vez? Lo ignoramos; y, sin embargo, estamos seguros de haber visto su negativa en el taller de los señores Cruces y Compañía. A pesar de eso nos preguntamos: ¿será cierta la bajada de ese ángel a la tierra?

En suma, la hemos conocido, a no ser que la hayamos soñado; su retrato parece la fotografía de una cabeza pintada por un artista inspirado. Es, o era —como quieran mis lectores—, era divina, en lo que hay de más alto en esta palabra aplicada a la forma; tenía la belleza de un alma, es decir, de lo más inmaterial que puede forjarse la imaginación humana, sólo capaz de concebir tipos materiales. Alfredo la había bautizado en su corazón con el nombre de Stella (estrella). Y, en efecto, parecía una gota de luz derramada sobre el mundo desde uno de esos vasos de diamante que llamamos astros.

Era color de rosa; sus ojos eran negros, pero parecían emitir luz, no recibirla. Cuando sus pupilas se levantaban hacia el cielo y la punta de sus pestañas se confundía con el arco admirable de las cejas, no sé qué llamarada sombría se encendía en aquel punto, que hacía estremecer de delicia, pero que enfermaba el corazón. El óvalo de su rostro habría desesperado a Winterhalter; bajo su nariz recta y pura desplegaba su broche de jacinto una boca celeste, casi siempre entreabierta como para dejar escapar una nota del alma, o aspirar el aroma de las flores, sus hermanas menores.

El día que la vi llevaba un vestido color de violeta, la flor de los poetas y de las vírgenes, y una pelliza negra sobre los hombros. ¿Pero no será una alucinación mía? ¿No una visión producida por las tintas de nácar del crepúsculo de la tarde?

Heberto y Stela vivieron juntos; Stela en el corazón de su amante, como una esperanza de poeta; no podremos decir si el joven estuvo presente alguna vez en el pensamiento de la niña. Ya hemos dicho que había entre ambos la distancia de la tierra al cielo.

Una vez llegó Heberto al altar en que su estrella le esperaba. Decimos "altar" porque para el pobre poeta la vista de Stela era una comunión; sentía, como el creyente que se aproxima a la mesa eucarística, que con las miradas de su amiga ideal caía en su espíritu un rocío, un maná del cielo. Heberto, decíamos, llegó una vez al tabernáculo de su pasión; su amada se acercó al marco de oro de su cuadro, y le dijo "adiós", con una voz sonora y dulce como la música que debe de oírse más allá de la tumba... Y partió. Cuando hubo llegado a la región de las almas, dejó caer sobre su amante desamparado una mirada que Heberto vio encenderse en el espacio en forma de estrella. Y esa misma noche, en medio de su insomnio, oyó el joven junto a su lecho sonar distinta y clara esta palabra: "ven" y sintió sobre su frente rodar tibia y lenta una lágrima.

Stela vivía en el mundo inmaterial, pero Heberto la veía; la veía de noche como un lucero en su constelación favorita y de día se le aparecía en las penumbras muy blanca, muy blanca, con la inefable blancura triste de las flores de cementerio. El pobre tendía la mano para tocarla y no podía; de vez en cuando sentía sobre su frente el roce de su cabellera, suelta, sedosa y áurea, tal como la llevaba la última vez que había sentido el roce de sus hilos finísimos entre sus dedos febriles..

Entonces esbozó unos versos que nos han sido transmitidos; he aquí los menos informes:

Piedad por los recuerdos alegres de tu vida,  
por la ilusión primera de tu alma celestial,  
por la paloma blanca que cuando estás dormida  
baja del cielo y mece tu sueño virginal.

Piedad, por tus quince años; piedad, porque eres bella  
y tengo, niña, henchido de muerte el corazón;  
porque será mi vida sin tu mirar de estrella  
espectro coronado con flores de panteón.

La vida es lo que pido, pidiendo que me ames;  
la vida, para luego agonizar de amor;  
para que mi alma entera dentro del pecho inflames  
y se consuma como la mirra ante el Señor...

Pero Stela seguía cruzando como un silfo por los rayos de luz que penetraban hasta el lecho del pobre enfermo. De repente, el techo del cuarto desaparecía y un cielo en que

oscilaban mareas de luz y olas de oro transformaba la estancia. Como una virgen de Murillo se le aparecía en medio de tanto esplendor su Stela.

Hace un año la blanca Stela descendió sola y melancólica por un crepúsculo brumoso y frío. Llevaba en la frente una corona nupcial de camelias blancas:

–Esta noche celebraremos nuestras bodas –murmuró en el oído de Heberto.

Este escribió en su cartera, unos versos, necesidad sublime de los corazones que sufren y aman; trazó algunas notas musicales como queriendo interpretar la voz de Stela.

Luego llamó a su madre. La santa mujer corrió al lecho de su hijo, que volvía a la razón; sí, porque un mes hacía que Alfredo había salido como un delirante al jardín en busca de una mujer que había llorado una lágrima sobre su frente. De allí le trajeron aletargado a su casa y ese letargo sólo se interrumpía por accesos de delirio. Pero ahora sí, ahora sí volvía el pobre enfermo a la razón. Su pobre madre –¡pobres madres!– aprovechó aquel instante para inundar de claridad el espíritu de su hijo y convencerlo de que su amor era imposible, era una visión de la fiebre. Alfredo quedó plenamente convencido de ello y murió... Su madre lo creyó salvado cuando le vio llorar; ella lloró también. De repente dos lágrimas se detuvieron como congeladas entre las pestañas del soñador:

–Se ha dormido –murmuró su madre–: que nadie lo despierte...

Nadie lo iba a despertar; se había dormido para siempre.

Anochecía el Día de Muertos del año pasado. Una llovizna menuda y fría caía de los negros y desgarrados nubarrones que entoldaban el cielo. Si alguna vez las nubes fueron crespones y los astros cirios, fue en aquella noche; parecía que en las alturas también se festejaba a los muertos; llevaba el viento ecos de respuestas en sus ráfagas y del fondo de la noche parecía venir por momentos un rumor pavoroso del De profundis. Las raras estrellas estaban trémulas como lágrimas; cuando llegaba a percibirse una constelación, semejava una corona de inmortales colocada en el sepulcro de un dios...

Penetramos en el cementerio de San Fernando algunos estudiantes. La muchedumbre se había escurrido y algunos sacristanes quitaban a toda prisa a los sepulcros sus vestidos de lujo, dejándolos desnudos y fríos. Así son las mañanas que siguen a un baile de carnaval, cuando ellos y ellas arrojan los dominós ajados y las caretas maculadas de sudor y de vino, sobre el mostrador de los alquiladores. El Día de Muertos es el baile de carnaval de los muertos; en lugar de dominós azules se ponen sambenitos negros.

Entramos en el cementerio para colocar nuestra losa sobre el sepulcro de Heberto. En el nicho contiguo había una lápida flamante; se había colocado, al parecer, ese mismo día. No tenía más inscripción que ésta, un nombre: Stella. Sobre ella colgaban el velo, la corona de las desposadas.

Stela había muerto; luego había vivido... La realidad oculta bajo mi simbólica narración obtendría algunas lágrimas vuestras, lectoras mías, porque es muy dolorosa y muy triste. ¿Os la contaré algún día?

## EL VELO DEL TEMPLO

(A Domingo Díaz)

Era un Jueves Santo por la noche.

Habían acabado las ceremonias de la tarde, y tras un día de fatiga y de calor, yo, joven seminarista que no había tenido tiempo de conmovirme, volví sudoroso y cansado a mi celda de colegial, a disfrutar de media hora de reposo, pues a las ocho en punto debíamos estar en el palacio del obispo para acompañarlo a rezar las estaciones en siete de las principales iglesias de la ciudad. Arrojé sobre la cama mi beca azul y mi sotana carmelita, y después de apurar a rápidos sorbos un gran jarro de horchata, acerqué al balcón mi butaca de cuero, me puse de codos sobre el barandal y empecé a ver, a pensar, a soñar...

Debajo de mi balcón, la calle, negra y profunda, parecía hacer del silencio un paño fúnebre. El polvo levantado por la agitación del día iba cayendo lentamente sobre el suelo y de vez en cuando una de sus partículas, arrebatada por el caliente viento de abril, reflejando la luz moribunda del cercano reverbero, parecía un átomo de oro encendido que hacía viajes fantásticos por el espacio. Sólo el eco de alguno que otro rezo llegaba hasta mí, que oía sin escuchar.

Mi balcón dominaba todas las vecinas azoteas y un gran trozo del cielo oriental se extendía ante mis ojos. La luna, velada por la bruma compuesta de las moléculas de fuego desprendidas de los campos incendiados, se levantaba roja, enorme y sin fulgores, como si saliera de un baño de sangre. Fragmentos largos y flotantes de los nubarrones que se agrupaban en el cenit, la velaban a veces, y a veces subrayaban con un enorme rasgo negro aquel globo de púrpura. Hubo un momento en que el disco lunar me pareció un agujero abierto en la bóveda sombría del cielo, detrás del cual se veía el seno de incandescente volcán o de otro cielo abrasado por infinito incendio. Mi espíritu revoloteó por los bordes de aquel cráter, y luego, cerniéndose un momento sobre él, agitó las alas y huyó.

Huyó a aquel tiempo lejano en que, sin que el mundo lo sintiera, unas cuantas palabras sencillas y una dolorosa y oscura muerte cambiaban el itinerario de la edad antigua y hacían que la corriente del paganismo se bifurcara en un montículo de la Palestina, yendo una a perderse en la soledad del desierto como los ríos del África, y entrando la otra en el cauce profundo en que la civilización helénica se convirtió en la civilización humana.

Subí la colina de Moriah, en cuya cima estaba el templo Sión, con sus altos muros, sus ramilletes de olivos, sus higueras agostadas por el calor primaveral; estaba a nuestra

vista, sentado sobre su trono de roca negruzca y calcinada. Procesiones larguísimas de peregrinos venían cantando los salmos y los himnos sagrados; atravesaban el torrente y trepaban continuamente por los peldaños de la colina santa.

El israelita del otro lado del Jordán, el que mezclaba sus tiendas de pieles de cabra a las de los hijos de Moab, o vivía en pos de sus rebaños vagando por los confines del desierto de los hijos de Agar, unía sus cánticos al israelita de la poética Galilea, que tenía, en su andar rítmico, el vaivén gracioso de las olas del Tiberíades, y cuyas mujeres se cubrían con sombrillas rojas, pensando, en aquellas horas de calor y de fatiga, en las frescas sombras de los plátanos de Nazareth. Aquellos peregrinos traían ovejas blancas de Galaad y corderos cebados de la Siria; tórtolas del oasis damasceno, y frutos de todos los climas; cajas de sándalo de Ofir llenas de gomas de la Arabia y cofres de ciprés del Líbano para guardar los vestidos sacerdotales; vasos murrinos para los bálsamos y ánforas áticas para los vinos. Los sacerdotes venían risueños, desde el gran pórtico del templo, aquellas multitudes cargadas de presentes para los servidores de Jehová.

En el interior del templo la muchedumbre se apiñaba; crujían las tablas de cedro del revestimiento interior y el humo del incienso formaba una niebla densa en torno del santo de los santos, como en el día en que Jehová había venido en forma de nube sobre el arca del testimonio, al escuchar las preces de Salomón.

Los levitas, vestidos de blanco, contenían al gentío en torno del gran sacrificador, y sus salmodias, acompañadas por el sonido de los salterios y de los Kinnorim, se mezclaban a los clamores de los fieles. A cada momento el sol se oscurecía dejando al templo sumido en la sombra, y las llamas del candelabro de los siete brazos vacilaban sobre sus aceiteras de oro. Un ruido sordo, que parecía gemido escapado de las entrañas del monte Sión, hacía enmudecer de repente a los hombres, temblar a las mujeres y llorar a los niños. El gran sacerdote paseaba su mirada inquieta sobre las cabezas inclinadas que lo rodeaban y una súbita palidez invadía su rostro. Los cascabeles de su túnica resonaban, porque se había apoderado de él un estremecimiento extraño.

De dentro del tabernáculo salían débiles quejas, como si un anciano llorara. David, al golpear con su frente cubierta de ceniza el pavimento del santuario, delante del arca, debía llorar así; las mujeres repetían en voz baja y convulsiva: "Miserere nobis; apiádate Señor, de nosotros, según tu gran misericordia". Los levitas agitaban sus cofias de lino y los fariseos, en aristocrático grupo, observaban con sus rostros rasurados y marmóreos, oculta la frente bajo sus tiaras de pergamino, aquel espectáculo confuso.

El que observaba en el cuadrante dio la señal; la sombra del gnomon tocaba la raya que marcaba la hora nona. Los cohenim acercaron la mesa del sacrificio, sobre la que yacía un cordero sin mancha. Delante del arca, sostenido por cuatro columnas de ciprés con capiteles de oro y zócalos de plata, se tendía inmenso el velo de púrpura que cerraba el santo de los santos.

El pontífice blandió el cuchillo; lanzó el tierno cordero una mirada de dolor sobre su verdugo, como si hubiese tenido la súbita revelación de su destino, y una lágrima

humedeció su vellón inmaculado. La mano cayó; un solo chorro de sangre brotó de la herida, y como si el ángel del Señor hubiese pasado su espada niveladora sobre las cabezas de levitas y profanos, todas las frentes se inclinaron; bajó la espada y todos los cuellos se encorvaron; más aún y todas las rodillas pegaron en tierra. Un gran grito salió del tabernáculo. Así debió ser el último suspiro del rey profeta...

Cuando los ojos se elevaron, el velo estaba roto, abierto; por entre sus dos fragmentos, como por mano colérica apartados, se veían temblar las alas de los dos querubes, cual si quisieran transportar el arca al cielo.

De entre la nube de incienso, salió un niño: ¿era Joas? ¿Era el rey niño guardado por los sacerdotes en el santuario, como si sobre el trono de la Palestina quisieran los levitas reemplazar con una flor al águila de Roma?

No; aquel niño tenía una figura extraña; si un pueblo al nacer se encarnase en un símbolo, habría escogido, para esconder su alma, aquella frente pura, aquella mirada que parecía hecha no para recibir la luz, sino para darla...

Era la estatua viva de una nueva edad.

"Ha muerto –exclamó–, ha muerto. El rey de los judíos, la flor de la vara de Jesé, el vástago de David, el hijo de Jehová ha muerto; ha muerto el Cristo. Yo le he visto; una gota de su sangre cayó sobre mi frente: mirad."

Pontífices, levitas, fariseos, pueblo, todos en confuso remolino se precipitan hacia el niño; los querubines del arca volvieron sus cabezas para mirar también.

Dos líneas rojas, una puesta al través de la otra, marcaban la frente del niño.

El Sumo Pontífice murmuró algunas palabras en los oídos del pequeñuelo. ¿Eran palabras de muerte? El niño levantó los ojos al cielo y abrió los brazos como si invocara a Dios. El sol lo hería de frente con su último rayo; la sombra del cuerpecillo y de los abiertos brazos creció detrás del infante; el arca desapareció debajo de aquella sombra; desapareció el templo, la colina, Jerusalén; llenó el mundo, ganó el cielo, y el espacio infinito se llenó con ella: era la sombra de la cruz.

FIN